



Justo de la Cueva Alonso

Carta a Patxi, de Zorroza, un prisionero que estuvo y no estuvo en el «Egin» Eguna

Verás Patxi. Estaba yo en el «Egin» Eguna y de pronto me dí cuenta que tú estabas y no estabas allí. Estabas en el pecho de tus compañeros y compañeras de Zorroza. Dentro, claro. También por fuera, en la foto de tu clara sonrisa campeando en la pegatina que exige «Patxi askatu, Amnistia osoa». La que pegaron la víspera en mi propio pecho en Zorroza.

Pero no estabas. Porque precisamente cuando la fiesta crecía incontenible en la campa de San Pedro de Alsasua-Urdiain y los ojos brillaban y las gargantas enroquecían vitoreando a los gudarís de Euskadi, se nos hacía dolorosamente evidente el hueco, la falta, la ausencia del viento de vuestro aliento, de los que estais prisioneros del Estado español.

Entonces fue cuando decidí escribirte esta carta sobre el «Egin» Eguna en el que, a la vez, estabas y no estabas. Fue una fiesta, Patxi. Una fiesta vasca. Burbujeante de alegría, exuberante de fuerza, llena de gracia, repleta de emociones, múltiple, variopinta y una a la vez. Le dimos al diente, bebimos, cantamos, brincamos, miramos, vimos, nos vieron, abrazamos, nos abrazaron, cubrimos de feroces y cariñosos insultos a compañeros que nos devolvieron recreado el envío, dimos y nos dieron sonoros golpetazos en las espaldas, aguantamos estoicamente la cola para alcanzar las sardinas de los de Castro o las copas de los de Viana, levantamos los brazos al grito ritual de los «sospechosos»-ZEN, nos lanzamos al suelo al aviso temido «¡Que viene Barrionuevo!», reímos, besamos, nos besaron, dejamos paso a los zancudos, compramos camisetas y gorros y pegatinas y mecheros y llaveros, comimos calderete y bocatas y queso... y volvimos a beber y a cantar y a bailar y a beber otra vez... Nos abrimos para dejar paso al Zanpantzar de Huarte sólo para enrolarnos acto seguido en la movida de los de Txomin Barullo hasta que confluimos tangencialmente en la de los Intxaurrendokoak que iba perpendicular a la de los Izugarri, que marchaba en órbita cercana-lejana a la del Batasuna... para quedarnos después enganchados en el corro que contemplaba a los carneros de pelea ocupar el sitio recién desalojado por harrijasotzaile-haizkolariak...

Hacia sol. Hizo un día excelente.

Tenías que haber visto, Patxi, a dos cuadrillas de cachondos/as sentados/as en el suelo en sendas filas imitando una carrera de traineras y tendrías que haber visto, sobre todo, la cara asombrada del tío que les hacía fotos. Me temo que fuera un periodista español que

publicará las fotos con un pie que diga: «Curioso deporte rural vasco: carrera de remos en seco».

Fue una fiesta vasca, Patxi. Pero fue, además, una fiesta de eginzales. Y eso le añadió un especialísimo ingrediente. Que, seguro, se les escapó a los agentes del aparato de «información» del enemigo que anduvieran por allí camuflados. Porque a ellos les resulta imposible entender como en el trenzar y destrenzar de bailes y cabriolas, de botellas de sidra súbitamente pedidas y traídas y descorchadas y bebidas, de los abrazos ruidosos y los tranquilos saludos, se está produciendo a la vez un continuo reencuentro de compañeros de lucha. Puede que oigan, si están cerca, el «¿cómo estás?», el «te veo muy bien», el «estás muy maja». No No pueden notar bajo la alegre sonrisa o la franca carcajada, la mirada escrutadora con que evalúas el perfil del compañero que sabes torturado desde que le viste el año pasado o las patas de gallo que la angustia grabó en la compañera que tiene el hijo prisionero en las cárceles españolas. No pueden notar en tus modales cuando les hablas del cariño profundo, el respeto impotente que sientes por los padres de Naparra o los de Txikia. No puedes ver, porque el orgullo no se ve y ese orgullo se siente pero de ese orgullo no se habla, el orgullo que impregna tu saludo a la compañera o el compañero de Gasteiz, de Arrasate, de Iruñea, de Erandio o de Leioa que sabes estuvieron unas horas o unas semanas o unos meses en sus garras. No pueden descubrir el auténtico afecto y el soterrado cariño que encubre la truculenta advertencia de que «como sigas así vas a acabar mal muy pronto».

Cuando los del Euskal Balleta Dantzarien Batasuna bailaron su maravilloso «Desafío a un pueblo» en el que estabais presentes tú y todos los demás prisioneros que estabais y no estabais en el «Egin» Eguna, recordé unas frases de Frantz Fanon en su «Sociología de una revolución»: «El colonialismo francés se propuso, a partir de 1954, romper la voluntad del pueblo, vencer su resistencia, liquidar sus esperanzas. No ha retrocedido frente a ningún radicalismo, ni ante el terror y la tortura. Al herir a esos hombres y mujeres, el colonialismo los ha reagrupado bajo un mismo signo, víctima de una misma tiranía, identificando simultáneamente a un enemigo común, el pueblo disperso realiza su unidad y funde en el sufrimiento una comunidad espiritual que constituye el más sólido bastión de la Revolución argelina» «Ellos» no aprenden, Patxi. Los revolucionarios aprendemos de cada revolución. Un abrazo.